

CAPÍTULO VII

Una nueva perspectiva

Metí la mano en la pantalla, escarbé entre las bandas de la
[carta de ajuste,
como arena o tiza molida de colores,
y desenterré una calavera:
la calavera del *speaker*, de la objetividad.

Juan Andrés García Román

En realidad no es que haya desaparecido la perspectiva, simplemente ha mutado. La nueva perspectiva tal vez no sea *sensu stricto* pictórica, y de seguro permite al creador *inmiscuirse* en su obra, pero obedece a un dispositivo cuyas reglas resultan tan inobjetables como el punto de fuga de un cuadro renacentista. Se trata de los algoritmos que regulan el comportamiento de las redes sociales, que dictaminan la idoneidad del personal, que evalúan un producto, un profesor, un restaurante o una obra de teatro.

El algoritmo cumple la función de la nueva objetividad. Aporta el punto de vista indiscutible. *Algoritmo dixit*. Dejamos que el algoritmo organice nuestra vida y la convierta en un *timeline*, en una *historia*. Nos dejamos llevar por él a la hora de elegir una serie o un restaurante, nos libera de la ardua tarea de decidir por nosotros mismos. Como en uno de esos frescos medievales, el algoritmo es el Pantocrátor que separa a los justos de los pecadores, a los buenos trabajadores de los malos, a los candidatos útiles de los inservibles, a los que son de mi cuerda y a los otros, los que no me *gustean*. Cuando creíamos haber derruido la *cuarta pared* siempre hay alguien dispuesto a reconstruirla. Y lo que hay al otro lado son millones de líneas de código que el usuario de internet asume con la conformidad con la que se mueve en medio de la naturale-

za, una naturaleza que tiene tanto de encantadora como de cruel. El algoritmo resulta incomprensible y secreto, y por eso tiene algo de ineluctable. Si hemos de dejarnos gobernar por algo, mejor que sea algo incomprensible. Eso, básicamente, es lo que opinaba Friedrich Hayek a propósito del mercado, lo que diferencia la economía liberal de la economía intervenida por el Estado. Los hombres parecen más dispuestos a aceptar lo que no comprenden que a ser seducidos por argumentos racionales con los que es posible que no estén de acuerdo:

Fue la sumisión de los hombres a las fuerzas impersonales del mercado lo que en el pasado hizo posible el desarrollo de una civilización que de otra forma no se habría alcanzado. Sometiéndonos así, hemos contribuido día tras día a construir algo que es más grande de lo que cualquiera de nosotros puede comprender plenamente. No importa que en el pasado lo que hicieron los hombres fue someterse a creencias que algunos consideran hoy como supersticiones: a un religioso espíritu de humildad o a un exagerado respeto por las toscas enseñanzas de los primeros economistas. Lo decisivo está en que es infinitamente más difícil comprender racionalmente la necesidad de someterse a fuerzas cuya acción no podemos seguir en su detalle, que acatarlas por el humilde temor que la religión, o incluso el respeto hacia las doctrinas de la economía, inspiren¹.

En efecto, el algoritmo tiene algo de designio, de moira. El hombre transparente naturaliza las metáforas con extraña facilidad, a pesar de que algunas puedan resultar tanto o más peligrosas que un arma de destrucción masiva. La metáfora del algoritmo como *deus absconditus* dictando nuestro designio nos aboca a la pasividad, a la asunción de lo irreparable. Conviene a veces, sin embargo, recordar lo obvio, y es que los algoritmos están diseñados por seres humanos que obedecen las consignas de las empresas para las que trabajan, que a su vez buscan obtener beneficios cuantiosos y rápidos para satisfacer a los fondos de capital riesgo que les dan soporte económico.

¹ Friedrich Hayek, *Camino de servidumbre*, Madrid, Alianza, 2007, p. 248.

El algoritmo anida en una zona de sombra; y esa característica delata su alianza con el poder. Indiscutible e inapelable, dicta sus designios sobre personas y cosas. Pero el algoritmo añade un tercer rasgo definitorio y es su incomprendibilidad. Estas tres propiedades hacen del algoritmo un mecanismo kafkiano. Recordemos la escena inicial de *El proceso*:

- [...] No puede irse, usted está detenido.
- Así parece —dijo K—. ¿Y por qué? —preguntó a continuación.
- No estamos autorizados a decírselo.

Maurizio Ferraris describe precisamente el absurdo al que se enfrenta el cliente que es atendido por un *call center* como el síndrome kafkiano por antonomasia.

En efecto. Nadie está obligado a revelar el funcionamiento de sus algoritmos. PredPol es un servicio de *big data* que se propone no sólo anticipar en qué zonas es más probable que se cometa un delito, sino incluso señalar con antelación a los delincuentes propensos a cometerlo. Como apuntan Cathy O’Neil en *Armas de destrucción matemática*² y Mayer-Schönberger y Cukier en *Big Data: la revolución de los datos masivos*³, no estamos lejos de la ficción ideada por Phillip K. Dick —y llevada al cine por Steven Spielberg— en *El informe de la minoría*. Recordemos que en el relato de K. Dick una sección formada por tres humanos (dos hombres y una mujer) constituyen la base del *precrimen*. Sus dictámenes permiten saber con antelación quién será la víctima y el criminal y, por tanto, detener al victimario antes de que este cometa el delito. Podemos recrear la anterior escena kafkiana de *El proceso* imaginando a ese policía de Atlanta avisado por PredPol que se presenta en la casa del previsible delincuente y se lo lleva detenido como medida preventiva sin que policía ni sospechoso conozcan la razón última de esa ceremonia. Esa información que

² Cathy O’Neil, *Armas de destrucción matemática*, Madrid, Capitán Swing, 2018.

³ Viktor Mayer-Schönberger y Kenneth Cukier, *Big Data: la revolución de los datos masivos*, Madrid, Turner, 2017.

las empresas rastrean o que cedemos graciosamente no sólo determina la probabilidad de que acabemos cometiendo un cierto tipo de delito sino la cuantía de nuestra póliza de seguro o incluso la no renovación de nuestro contrato de trabajo. O'Neil denuncia en su libro el oscurantismo de esos algoritmos que cada vez gobiernan parcelas más amplias de nuestra existencia, su naturaleza de caja negra.